

TANTAS COSAS

TANTAS COSAS

PE CAS COR EN CIEN Y UN DESTELLOS

Pedro
Casariego
Córdoba



Título: *Tantas cosas. Pe Cas Cor en cien y un destellos.*

© Julieta Casariego Ruiz de la Prada, 2024

© De esta edición, Ladera Norte, 2024

© Fotografías y selección de textos e ilustraciones de Pedro Casariego
Córdoba, Pe Cas Cor Sociedad Imaginada

Primera edición: noviembre de 2024

Diseño de cubierta e interiores: ZAC diseño gráfico

© Fotografía de cubierta: Nigro, *Pedro Casariego en Asturias*, 1978

Publicado por Ladera Norte, sello editorial de Estudio Zac, S.L.
Calle Zenit, 13 · 28023, Madrid

Forma parte de la comunidad Ladera Norte:

www.laderanorte.es

Correspondencia por correo electrónico a: info@laderanorte.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones que marca la ley. Para fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos), en el siguiente enlace: www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-1285-019-2

Depósito Legal: M-23842-2024

Impreso en España

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Nota a la edición

Esta selección de textos breves e imágenes de Pedro Casariego Córdoba (1955-1993) ha sido realizada por Pe Cas Cor Sociedad Imaginada, un grupo de personas cercanas a él que se encarga de conservar y mantener vivo su legado. El concepto del libro sigue la senda abierta en 2020 por la campaña en redes «366 días con Pe Cas Cor». Entonces, pensado el proyecto para verse de manera fragmentaria, día a día, y con la rapidez que reina en el mundo de internet, se decidió que los textos tuvieran un significado completo en sí mismos, a pesar de haber sido muchas veces extraídos de originales más largos. Conviene señalar que se trata de un acercamiento lúdico a su obra, que es a menudo críptica, y que quien se quiera aproximar a ella con mayor profundidad tiene a su alcance otros libros, entre los que debemos destacar dos recopilatorios: *Verdades a medias* (Espasa Calpe) y *Poemas encadenados* (Seix Barral).

Los textos se han seleccionado por su agudeza y por su esencia poética. También con la idea de que hagan reflexionar al lector y dejen huella. Además, creemos que su juego con las imágenes abre caminos a la imaginación. En algunas ocasiones, texto e ilustración son un todo así creado por el autor. Otras veces, la mayoría, las asociaciones las han hecho los editores, y son, claro está, más o menos arbitrarias, como también lo es el orden, que no sigue una línea temporal ni temática.

Al final del libro se facilita la referencia tanto de cada texto como de la obra gráfica y de las fotografías del autor. En la sección «Han dicho» se recogen comentarios críticos, también a modo de píldoras, sobre su obra. Como introducción, otra pareja, en este caso indisoluble: el «Manifiesto» y «Verdades a medias» (1983), una declaración de principios poéticos de Pedro Casariego Córdoba que él mismo consideraba el prólogo o el anticipado epílogo de su obra.

En este libro hay cien destellos. Seleccionar el ciento uno al que alude el título es competencia del lector, al que se le deja un espacio preparado para el que eche de menos o para uno que cree él mismo como homenaje al poeta. Por juego y porque, por supuesto, la selección podría haber sido diferente.

ÍNDICE

Verdades a medias - Manifiesto.....	11
Pe Cas Cor en cien y un destellos	17
Cien destellos de Pe Cas Cor	18
El destello ciento uno.....	218
Procedencia de los textos y las ilustraciones e índice de fotografías del autor	221
Han dicho	229
Nota biográfica.....	237

Verdades a medias

Afeitarse todos los días puede ser un pecado terrible. Afeitarse todos los días es alejarse definitivamente del arrayán y del aire. Admiro a las secretarias que se afeitan cada mañana antes de ir en helicóptero a las oficinas del centro y de cristal. Esas pecadoras modernas irradian ternura y tienen una moral a prueba de bomba. Cuando cometen una falta de ortografía nace una flor. Cuando me miro en el espejo veo un hombre de un solo color, de un solo pantalón, de un solo disco, de una sola pieza, de 28 años: azul, tela eterna, Breezin', un rompecabezas, 28 años. Sólo me lavo a fondo cuando la vislumbro. Cuido con esmero el pequeño jardín de mis padres. Olvido los nombres de las plantas y de las flores. Bebo café entre los obreros y ya sólo invento horarios fijos: sólo soy un verdadero artista mientras vació el lavaplatos. Mis gafas se me antojan tan crueles e indispensables como la risa de Dios.

Todos seremos pianistas si desaparecen los pianos.

Justo es reconocer que cuando me miro en el espejo veo un hombre acabado. Por ello me sorprende que se me haya brindado la oportunidad de acceder a estas páginas limpias y secas para hablar de mis palabras. La única razón que encuentro a esta convocatoria, pecado multiplicado por mi asentimiento a ella, es que quizá exis-

tiera en mí un buen principio, prolífico y asesino de lo verde como la hormiga. Lo aquí grabado corresponde a aquellos días azules. El color azul fue y es mi única excusa, mi primera y única coartada.

No puedo sino ceder inmediatamente a la tentación, que me atrae como si de tabaco se tratara, de difundir que suscribo todas las conclusiones que pueden y deben extraerse de la concienzuda lectura del ensayo de Manfred Kaltz titulado «El artista en cuanto ser inferior», manuscrito en época tan sospechosa como la que incluye el año de desgracias de 1939. Mando imprimir aquí, para corroborar mi dolorida sumisión a tal tratado, y para que sirva de prólogo y quizá de epílogo, el texto, siempre mutilado, de mi único manifiesto:

Manifiesto

Santificamos a Dios, hicimos de Él un Santo; caminábamos campos en pos del cielo, cerrábamos campos con iglesias. Luego, misteriosamente, bajó la cotización de las acciones de Dios en la Bolsa inmaterial de las almas: adiós a la religión de Dios, un adiós dubitativo, porque el pañuelo aún se agita. Desnudos buscábamos cobijo para ocultar lo que veíamos, no éramos capaces de regalar nuestras llagas a la muerte, llagas envueltas en papel de renuncia activa. El boxeador se desangraba, y nos resistíamos a arrojar la toalla. El árbitro del combate, el eterno hombre que pastorea, nos miraba, y su retina nos cubría con reproches que herían. Inventamos entonces la religión del Hombre, bautizamos con cultura nuestra sagrada ignorancia, ignorancia sabia, la única herencia de Dios. ¡No sabíamos que sólo nuestra ignorancia, la brutalidad celeste, nos hacía semejantes a Él! ¡Sólo alejándonos de las falsedades eruditas podríamos enfrentarnos a Él con una espada limpia!

Desolada quedó la piedra de las iglesias, y los hombres, que seguían sin ser hombres, trasladaron a los museos lo más vacío del espíritu de Dios. ¡Lentamente los artistas, la cojera de los corazones, ascendieron a los altares empujados por un aliento de sensibilidad vacía! ¡Desconocíamos tantas verdades! Los impíos artistas exteriores tomaron el relevo y la antorcha, cargando así aún más nuestras resignadas espaldas, y sus esclavos, los esclavos de los artistas exteriores, hablaron de sus amos con sucias bocas de miel, ayudaron a la propagación de la enfermedad de la cultura visible, construyeron museos para albergar monstruos que sustituyeran con ventaja a los decrepitos dragones, dictaron conferencias para menopáusicos y menopáusicas, encendieron eléctricas luces para alumbrar fósiles miserias, cometieron el grandísimo pecado de teorizar teorías: quemaron la huida de las almas rebeldes.

Estúpidamente negábamos, ciegos negábamos lo evidente: sólo existe el artista interior, sólo se puede ser artista secreto, la comunión todo lo mancha. ¡Estábamos canonizando a los más débiles, nombrábamos doctores a los incapaces...!

¡El artista debe crear dentro de sí mismo!

Si un Médico tomara la temperatura a los que creen ser hombres, diría que todos ellos albergan vana y terrible fiebre de homenajes y adulaciones.

Inventemos un termómetro de audacia; convirtámonos en hombres, aunque sea para desaparecer: os propongo entonar conmigo, sin mí y en silencio, el primer y último canto, el canto de la digna y mortal soberbia.

Verdades a medias

Escribí este rosario de letras hace algún tiempo, justo antes de comer y sin haber desayunado: no hay mejor escuela que el hambre, incluso la efímera, como no hay mejor esposo que el monje, que Mallick. No se escribe una obra literaria: se incurre en una obra literaria. Manufacturarla significa, si no se trata de un fraude aún más grave, desnudarse, y yo «desprecio a los que se desnudan» (entiéndase metafóricamente).

Entono por tanto, al mismo tiempo que el canto sonoro y compulsivo de las palabras manchadas, un mea culpa tan sincero como el eco, tan sincero como Mallick, tan lejano como Wataksi, tan ajeno a nosotros como todos nuestros destinos, tan fugaz como la prostituta mulata que visita mi celda cada mes.

Convencer al Otro de algo, y os remito a uno de mis poemas más desconocidos, es el suicidio por excelencia, por cuanto sólo tenemos nuestros errores, y éstos son tan pocos que compartirlos no es de buen cristiano silencioso, sino de cura parlanchín anclado a la sequía del púlpito.

Esconded vuestras monedas místicas, y recordad que no es menester regarlas: ellas solas se propagan sin necesidad de amor con la ayuda de una boca muda y del rastrillo sin dientes de la noche. Aquellos de entre vosotros que desoigan y desobedezcan serán premiados, a ellos, por regar, basta una sola gota, su propio misticismo con sangre sabia, les otorgará la vida premios y mercedes inenabables.

Bendito sea el que no haga caso, el que se aparte del misticismo como de la serpiente, bendito sea mi maestro el impuro, bendito

sea el feliz, porque le es lícito tener hijos que labren e hilen, bendito el que no lee y actúa, el que se aleja de las letras de cambio, que son todas, bendito el que elude el abrazo del calor, bendito el que ama el frío, benditos los corazones congelados y baratos.

¡Sólo os pido que atornilléis vuestros huesos a la brisa, hombres pobres, que talléis en piedra vuestros gestos, hombres sin esperanza, jueces el día del Juicio Final!

Sólo debéis reclamar aquello que ya tenéis, pues jamás ha sido vuestro. ¡No exijáis estrellas! ¡Exigid vuestra piel y vuestros ojos, la flor que no habéis pisado, el pájaro que todavía vuela!

Desangraos en la construcción de un caballero interior afín a la gloria y al vacío... No me hagáis caso, sólo os requiero para que asumáis la defensa del bruto, del verdadero poeta, del leñador, del iletrado.

¿Qué edad teníais al nacer?

Y ahora, junto al tic tac del reloj que aflige, que exagera el hambre de infinito, ahora o nunca, no puedo menos de exponer una de las obligaciones ineludibles del poeta de segunda, del poeta que escribe: este poeta condenado que a nada sobrevive ha de revelar la naturaleza de la gran tragedia, del precio de la piedra, del precio de cada pan, de cada lágrima, de cada rugido, de cada hombre. Como un gran número, en torpes números redondos la tiranía del Altísimo, del Jugador de Baloncesto que ve un aro en cada luna y en cada nube, se desmenuza en precios pequeñísimos, en decimales como moscas que nos ahogan y nos miden y nos pesan y exigen que adelgacemos, que añadamos músculo al trigo, que hablemos de

lo que está arriba y de lo que echamos de menos, de las limitaciones que se nos han impuesto.

¡Llevamos la semilla de la insatisfacción, y Dios, campesino en sus horas libres, manda brillar al sol, caer a la lluvia, morir sin nacer a la helada y al granizo! ¡Jardinero en lo azul, ¿cuánto vales Tú?, nos has hecho saber el precio de la lágrima y sentir el ansia de infinito! ¡Redímenos ahora de esta miseria en la sombra, de esta sombra que vibra aun en la noche más oscura...! ¡Colma todos nuestros bolsillos de billetes de Banco o, si no hay suficientes billetes allá arriba, baja los precios del espíritu y haz que nos contentemos con esta nada!

Hoy se ha fundido la bombilla de las flores. Hoy los monos intermitentes ya no nos hacen gracia.

Hoy las cabezas de los mendigos han perdido su chistera.

Hoy los chistes los cuentan los dentistas para sacarnos los dientes.

¡Pero también hoy hay una _ _ _ _ _ muy misteriosa que me mira con las manos y me busca con los ojos! Salpicado de bailes por

-----,

 pierdo la regla de cálculo

 y soy casi

 misterioso

Pedro Casariego Córdoba

1983

TANTAS COSAS

PE CAS COR EN CIEN Y UN DESTELLOS

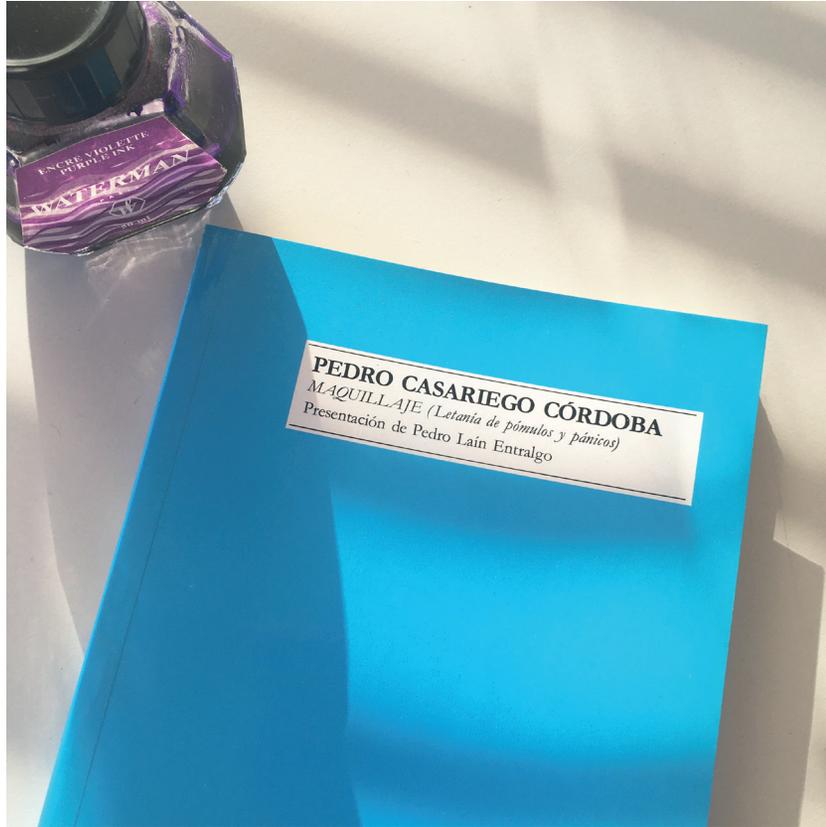
Pe Cas Con

Me dediqué a merodear por ahí.
A atravesar con alfileres
las miradas hostiles. A dormir
en las vías de los trenes harapientos.
A tantas cosas.

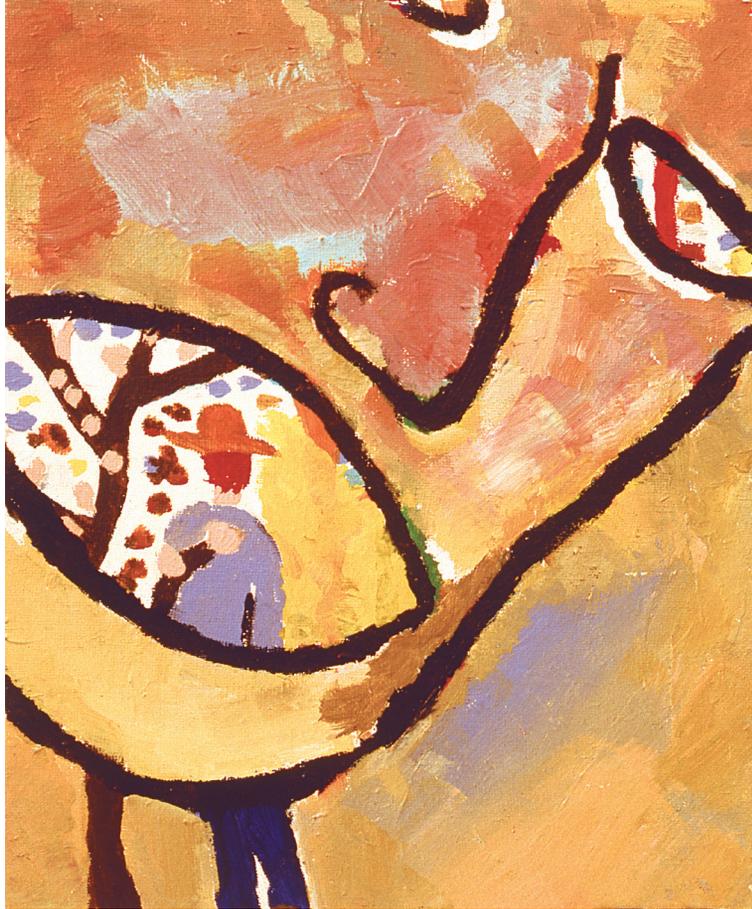


Ah malvado lector
enarcas cejas de cometa
arqueas cejas de cinabrio
y me escandalizas.

Ah malvada lectora
tus cejas incontables
coquetean y pervierten.



Nuestras palabras
nos impiden hablar.
Parecía imposible.
Nuestras propias palabras.



BIOGRAFIA

si
alguna
vez
muero
quiero azaleas encima de mí
quiero una ausencia de cruces
azaleas encima de mí

si
alguna
vez
vivo
quiero azaleas para mis brazos
quiero agua para las flores
estrellas encima de mí

